Protagonistas desconocidos de la Conquista de América

José María González Ochoa

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *Protagonistas desconocidos de la Conquista de América*
Autor: © José María González Ochoa

© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-733-0
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-734-7
ISBN edidión digital: 978-84-9967-735-4
Fecha de edición: Octubre 2015

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-28285-2015

A Cami

Índice

Introducción 11

Capítulo I. Mujeres de amor y armas 15
Gobernadoras 17
Mujeres en la Conquista de México 25
Mujeres en la conquista de Perú 29
Las primeras maestras 34
Mestizajes impuestos 36
Amores trágicos 46
Soldadescas 61
Heroínas anónimas: las que se quedaron en España 65

Capítulo II. Nativos: entre la rebeldía,
la colaboración y la aculturización 69
Resistencia, revueltas y rebeliones 69
Colaboración y pacto 107
Aculturización y mestizaje 126
Aculturización inversa: integrados con los indios 150

Capítulo III. Héroes sin gloria: conquistadores, navegantes
exploradores, hombres de a pie y a caballo 155
Reivindicación de marinos y exploradores 155
Perdidos en el Pacífico: sin camino a casa 177
Conquistadores 182
Hombres de a pie y a caballo 199

Capítulo IV. Sanguinarios, corruptos,
rebeldes, locos y desmedidos 211
Sanguinarios 211
Traidores contumaces 224
Exagerados y desmedidos 229
Propagadores de mentiras y creadores de leyendas 234

Capítulo V. Entre el cielo, la tierra y el infierno:
religiosos en Indias 245
Dominicos 249
Franciscanos 257
Agustinos 263
Jesuitas 266
Heterodoxos, excesivos y convertidos 269

Capítulo VI. Extranjeros en Indias 285
Los primeros viajeros y cronistas extranjeros 286
La desventura de los banqueros Welser en Venezuela 291
Marinos, comerciantes y emires 296
Piratas y corsarios. Nobles educados en Oxford
y tenderos ambiciosos 304
La instalación de la imprenta en América
a manos de alemanes e italianos 318
La influencia de artistas europeos 320
La homosexualidad, ¿cosa de extranjeros? 327

Capítulo VII. Los científicos.....333
La ciencia cosmográfica y la navegación 334
El arte de la minería y la metalurgia 338
La historia mineral y la medicina 340

Índice onomástico 347

Bibliografía por capítulos..... 361

Bibliografía general..... 373

Introducción

Los focos de la historia del descubrimiento, exploración y conquista de América han iluminado con gran potencia a los personajes que protagonizaron las acciones pioneras, las más importantes, recordadas o trascendentes, dejando en la penumbra o en total oscuridad a una inmensa mayoría de personajes que los acompañaron, compartieron destino o realizaron acciones tan brillantes como sus afamados jefes. Los nombres legendarios de Colón, Cortés, Pizarro, Balboa, Elcano, Legazpi, Valdivia… oscurecieron los de otros miles, tapando sus gestas, minúsculas o heroicas. Personajes que vivieron en primera persona aquellos fascinantes momentos en los que se encontraron dos mundos ajenos y distintos, que hasta entonces habían permanecido aislados el uno del otro, pero que a partir de 1492 sellarían para siempre una unión que hoy llamamos globalización, pero que no era otra cosa que la unificación de la historia de la humanidad. Las expediciones ibéricas, los navegantes y conquistadores españoles y portugueses transformaron la historia del mundo haciéndola común.

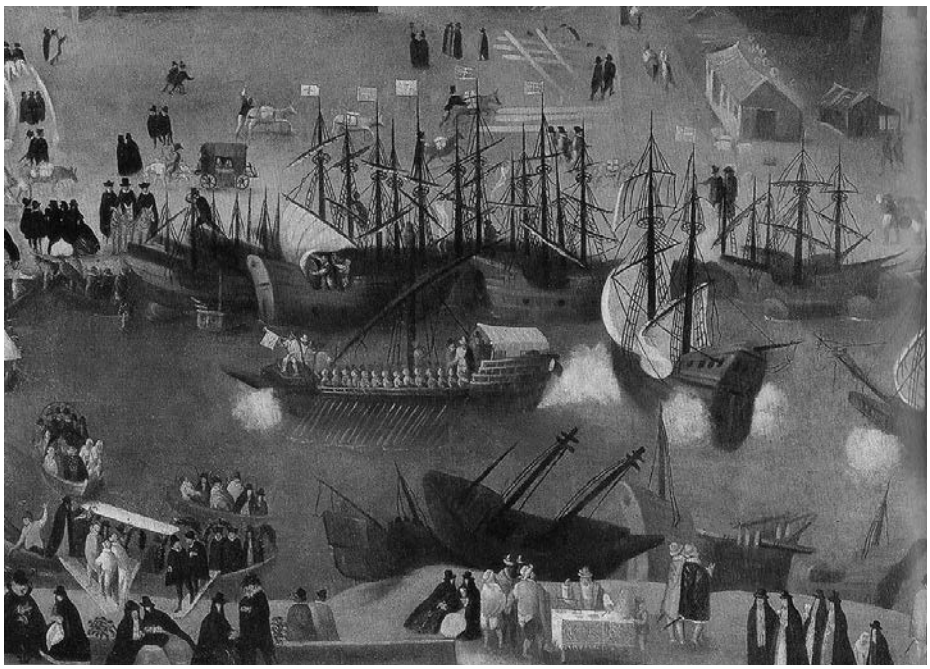
Y a ello contribuyeron de forma modesta o grandiosa centenares de hombres y mujeres que en su inmensa mayoría han quedado ignorados por muy diversas razones, como si nunca hubieran estado allí. No todo fue realizado por ese puñado de nombres que aparecen en los manuales y en los libros de Historia. Este libro recoge cerca de medio millar de personas que también participaron y dejaron su huella, que ni el tiempo

ni el olvido han conseguido borrar. Están referidos en las crónicas de Indias, esas valiosísimas obras que generaron toda una literatura, y que quedan como reflejo fiel del entendimiento y de la manera de mirar y comprender una época y unos acontecimientos. Otros de estos personajes han podido ser rescatados de los archivos por investigadores incansables. Desgraciadamente, hay miles anónimos de los que apenas nos quedaron sus apellidos o ni siquiera eso, por lo clandestinos o invisibles que fueron. A ellos también queremos rendir un homenaje recordando a otros muchos que hemos podido recopilar y se les parecieron.

Por estas páginas desfilarán navegantes, conquistadores, indios, caciques, nativos, resistentes, evangelizadores, artistas, humildes oficiales, mujeres de todo tipo y condición, asesinos, mujeriegos, ladrones, héroes amables, campesinos, comerciantes, cartógrafos, etc. Como la historia siempre es un hecho colectivo, estos anónimos, olvidados o poco conocidos protagonistas, desde su pequeña, y quizá determinante acción, o con su humilde vida también contribuyeron a la creación de ese Nuevo Mundo que fue conformándose durante el siglo xvi. Y además, estas biografías menos recordadas o perdidas nos aportan luz para entender mejor cómo se hizo y qué fue aquello de la conquista y colonización europea de las tierras americanas.

Toda selección es subjetiva, y así el lector o lectora entenderá que tal o cual personaje no deberían aparecer en el libro y echará de menos a otros que él sí recuerde. Olvidándonos de las obvias razones de espacio que debe tener cualquier texto para insertarlo en una colección, los criterios fundamentales por los que me he guiado a la hora de introducir o no una biografía han sido: que su presencia en las Indias estuviese documentada antes de 1600; que hubiese tenido cierta significación histórica o que su vida y sus acciones supusieran una novedad o sirvieran para mostrar una realidad distinta del Nuevo Mundo; o simplemente que arrojasen algo de luz sobre cualquier aspecto de la vida cotidiana del siglo xvi en América.

Hace tiempo que la historiografía española, junto a un importante grupo de americanistas extranjeros, lucha contra esas «verdades cansadas» de las que hablaba George Steiner, y que parecen no desgastarse nunca a pesar de todo lo publicado. Las leyendas, los estereotipos, las explicaciones simplistas y la estulticia educativa siguen, en ocasiones, incidiendo en las viejas imágenes de aquel período histórico sin atreverse siquiera a pensar o leer. Europeos y americanos actuaron con el mismo amplio abanico de actitudes y conductas que puede generar el ser humano. Eran



Arenal y puerto de Sevilla, lugar de salida y entrada de los barcos que cruzaban el Atlántico rumbo al Nuevo Mundo.

todos hijos de una época, de un momento y de un pasado que los determinó. No todos los españoles fueron unos salvajes desalmados ni los indígenas unas almas cándidas, ingenuas y bondadosas. Hubo conquistadores que en momentos fueron despiadados y en otros se comportaron con grandeza humana. Así como los emperadores, reyes, caciques y generales de los batallones indígenas tuvieron su momento de cálculo político y jugaron las bazas que mejor convenía a sus intereses particulares. Hubo religiosos que con el Evangelio en la mano encendían una vela al diablo. Y otros, que al tiempo que denunciaban a los encomenderos por el maltrato a los nativos, obligaban a estos a trabajar en la construcción de sus conventos y catedrales sin contraprestación alguna. También los hubo que representaban al mal más absoluto y otros que fueron santos, aunque jamás los canonizaran. Existieron nativos que desde el principio se rebelaron contra el poder extranjero y otros que colaboraron con los recién llegados buscando sacarse el yugo de sus vecinos o ambicionando mayor poder sobre ellos. Los hubo que adoptaron de buena gana la cultura del dominador y otros que se negaron siempre a aceptar cualquier

cosa procedente de los extranjeros. Poco fue blanco o negro, casi todo se desarrolló en una vasta gama de grises. Lo que sí es cierto es que al final se impuso la civilización que tenía más dinamismo, fuerza, curiosidad y ambición, y el precio que pagaron los pueblos americanos fue altísimo. No hubo voluntad genocida, como se ha pretendido imponer desde ciertas instancias y visiones, sí hubo un imperialismo ecológico, político y económico que terminó mandando.

De todo esto hay en este libro, hombres y mujeres, santos y pecadores, buenos y malos, paradójicos e incoherentes, héroes y villanos, exagerados y desmedidos, bondadosos y crueles, en muchas ocasiones dentro de una misma vida. También hay personas con conocimientos o aptitudes adelantados a su época, seres con una intuición especial para visionar el futuro, agentes globalizadores que en su corta vida pertenecieron a distintos mundos y que supieron unir lo viejo y lo nuevo en una síntesis diferente, vidas inesperadas que se tornaron fascinantes, heroicas o trágicas, simples oficiales o aprendices cuyo mérito fue hacer lo único que sabían hacer, y otros muchos cuyo valor fue simplemente estar allí.

Por tanto, es intención fundamental del autor mostrar la enorme variedad y complejidad de comportamientos que se dieron por parte de unos y otros en ese encuentro de dos mundos. Así, en las siguientes páginas el lector encontrará un puñado de hombres y mujeres de todo tipo y condición, con procederes tan dispares como permite el alma humana, fuesen nativos o recién llegados.

Madrid, abril de 2015

Capítulo 1
Mujeres de amor y armas

Llama poderosamente la atención la ausencia femenina en la extensa historiografía americanista. Es muy cierto que su presencia fue inferior en número que la de los varones, y que desempeñaron una actividad menos brillante y de trastienda o intendencia, aunque no siempre. Tampoco los cronistas fueron muy generosos a la hora de darlas a conocer y escribieron sus crónicas como si fuesen invisibles. Este ataque de misoginia literaria es llamativa, pues a veces las mujeres realizaron actos brillantes y heroicos, pero apenas fueron registrados como leves anécdotas cuando no maliciosamente obviados. Ello encajaba en una época en la que la mujer debía desempeñar un papel vicario, subordinada a las acciones de los esposos, padres, hermanos o religiosos.

Tan sólo en las últimas décadas del siglo xx han comenzado a proliferar investigaciones, que se han traducido muchas de ellas en libros, y algunas novelas históricas que han sacado a la luz personajes femeninos muy atractivos por sus aventuras y vicisitudes y que el gran público desconocía. Ejemplos claros son las novelas sobre la almirante Isabel de Barreto, Inés Suárez o de Mencía Calderón y su expedición al Río de La Plata que recientemente se transformó en serie televisiva.

Las nuevas investigaciones muestran el variado papel que jugaron las mujeres, tanto en la conquista como en el asentamiento y organización virreinal. No solamente fueron monjas, abnegadas esposas o prostitutas como se las ha encasillado tradicionalmente. Abarcaron muchas facetas, como iremos viendo: soldados, gobernadoras, maestras,

encomenderas, financiadoras de expediciones, mujeres muy influyentes en las esferas sociales y políticas…

La presencia femenina española en América arranca ya en el segundo viaje de Colón (1493). En el registro de pasajeros aparecen cuatro mujeres: una criada del almirante, dos comerciantes y otra que sólo se nombra. Pero siendo una expedición tan numerosa, es muy probable que algunos hombres fuesen acompañados de sus mujeres, criadas o hijas. En el tercer viaje colombino (1498) se documenta el embarque de treinta mujeres. Lo que viene a desmontar dos mitos arraigados y nunca demostrados, como tantos otros, sobre la conquista y dominación española en América: la voluntad determinada y clara, desde el inicio, de una colonización social y económica, alejada de esa imagen de dominación únicamente caballeresca y militar; y la tempranísima presencia femenina española en el Nuevo Mundo. Con estas treinta primeras mujeres embarcadas el 30 de mayo de 1498 se iniciaba la nueva vida social en las Indias.

Para la Corona, la mujer se irá convirtiendo en la pieza fundamental para asentar al conquistador en los territorios, para darle estabilidad a la población y por tanto al gobierno y a la organización administrativa de las Indias, transformando al guerrero en vecino, al explorador en hombre de negocios o comerciante. Por ello, muy especialmente desde 1544, se prohibirá a los casados pasar al Nuevo Mundo sin sus mujeres, o sin el consentimiento de ellas, y desarrollará un corpus legislativo favoreciendo lo que hoy llamaríamos «reunificación familiar», es decir, facilitando y obligando a que los maridos reclamen a sus esposas que permanecen en la Península o prohibiéndoles viajar sin ellas.

En 1502, el gobernador Nicolás de Ovando lleva en su gran expedición colonizadora a familias enteras y, siete años después, su sustituto, Diego de Colón, se hizo acompañar por su mujer, María Álvarez de Toledo y Rojas, y un extenso séquito de asistentes y criadas, así como de nuevas familias y mujeres de colonos que habían quedado en la Península. La vida social de los españoles cobraba una nueva dimensión con el establecimiento de la primera corte virreinal, y se intensificaba el arraigo familiar de los primeros pobladores. La mujer comenzaba a tener un mayor y eficaz protagonismo en la colonización.

Es innegable que su número fue siempre menor que el de los varones, pero desde muy pronto asumieron funciones y responsabilidades en muy diversos ámbitos de la vida social, económica y familiar. Y no estuvieron

solas, a la población femenina española se unieron algunas otras europeas (genovesas, portuguesas, flamencas, napolitanas…) y, sobre todo, las mujeres nativas, cuyo destacado papel y enorme legado está todavía por descubrir y analizar.

En los siguientes apartados conoceremos un buen puñado de mujeres que tuvieron un papel importante y cuyas biografías son tan interesantes y admirables en muchos sentidos como las de sus compañeros varones, que las eclipsaron y acapararon fama, gloria y protagonismo histórico.

GOBERNADORAS

Si podemos hablar de una mujer pionera entre las pioneras que destacaron por su influencia social y política, esa sería, sin duda, María Álvarez de Toledo y Rojas, citada comúnmente como María de Toledo. María fue la esposa del hijo primogénito de Cristóbal Colón y ejerció un papel fundamental por ser la primera noble en acompañar a su marido a América, por arrastrar consigo a otras muchas mujeres y por ejercer un papel activo en la gobernación de La Española, donde apoyó y sustituyó a su marido en la acción política y administrativa.

María era hija de don Hernando de Toledo, sobrina-nieta del rey Fernando II de Aragón y del duque de Alba. Contrajo matrimonio con Diego Colón, en 1508, y al año siguiente decidió acompañarlo cuando se trasladó a las Indias. Fue un gesto valiente y singular, por entonces contaba 23 años y era la primera dama de la alta nobleza que se embarcaba hacia América. Junto a María viajaron un grupo amplio de mujeres casadas con funcionarios o mandos militares, así como varias damas de honor y jóvenes «hijasdalgo» casaderas, que aspiraban a formar familia en el Nuevo Mundo.

La llegada de este contingente femenino dio a la isla mayor estabilidad social y cierto sentido civilizador, ayudando a transformar los primeros asentamientos militares en pequeñas ciudades organizadas. El gesto de doña María fue ejemplarizante por lo novedoso y estimulante para otras muchas mujeres españolas, que desde entonces se decidieron a acompañar a sus maridos o probar fortuna al otro lado del océano.

Pero no ejerció un mero papel de consorte o primera dama virreinal. Promovió la construcción de hospitales, escuelas para niñas mestizas y nativas, así como telares y casas de costura para que las hijas ilegítimas



Palacio del Gobernador de Santo Domingo,
mandado construir por Fernando II de Aragón.
Fotografía de José M.ª González Ochoa.

de los conquistadores aprendieran un oficio. Durante la ausencia de su esposo de La Española, entre 1515 y 1519, asumió el cargo de la gobernación y actuó como virreina con valentía, enfrentándose a los encomenderos por su trato salvaje hacia los nativos, a los que defendió siempre como iguales a los españoles. Sin embargo, esta defensa de los indios de su gobernación chocaba con las diferentes expediciones que financió para capturar esclavos en Tierra Firme y con la explotación a la que estaban sometidos en pesquerías de perlas. Dueña junto a su marido de varios ingenios azucareros, que ella misma dirigía, al comprobar que los indios mermaban con excesiva rapidez, y no tenía suficiente mano de obra, fomentó la traída de esclavos africanos a las islas caribeñas. Ella misma era socia desde 1536 de un negocio de comercio de esclavos africanos.

Aunque sus empresas son moralmente condenables a nuestros ojos del siglo xxi, demuestran iniciativa, valentía e implicación en asuntos que generalmente estaban vedados a una mujer de su época.

Quedó viuda en 1526, cuando cinco de sus siete hijos eran menores de edad, y apostó por seguir pleiteando contra la Corona para defender los derechos y títulos a los que consideraba tenían derecho sus hijos como descendientes del almirante Cristóbal Colón. En 1530 regresó a España para poder litigar mejor. Tenía 45 años. En España logró

un acuerdo con el emperador por el cual la familia Colón renunciaba a algunos de los beneficos firmados en las Capitulaciones de Santa Fe (1492), entre ellos su extinción como virreina de Indias, si bien obtuvo buenas dotes e influencias cortesanas para casar bien a todos sus hijos, exceptuando al mayor y heredero, un auténtico sinvergüenza.

A punto de cumplir los sesenta años se embarcó de nuevo hacia La Española, en julio de 1544, llevando a la isla los restos de su marido y de su suegro Cristóbal. Allí encontró su hacienda y su casa arruinadas y destruidas. Pero se repuso con dignidad. Murió en su querida tierra caribeña el 11 de mayo de 1549 y fue enterrada en la catedral de Santo Domingo.

Otra mujer de la nobleza que decidió implicarse en la aventura de América junto a su marido, jugando un papel activo en el devenir histórico, fue Isabel de Bobadilla y Peñalosa, esposa de Pedrarias Dávila, gobernador de Castilla del Oro (Panamá). Isabel era hija de uno de los más ilustres nobles de la corte de los Reyes Católicos, Francisco de Bobadilla, comendador de Calatrava y antiguo gobernador de La Española. Se embarcó junto a su esposo en la gran armada colonizadora de 1514, y también «arrastró» a un importante séquito de criadas y mujeres de otros funcionarios. En Panamá intentó crear una pequeña corte, de la que quedaban excluidos aquellos sin linaje ni nobleza, y dar vida social a la incipiente ciudad. Medió en algunos asuntos de gobierno, en especial, y gracias a su buena relación con Núñez de Balboa, trató de que su marido y él alcanzasen algún acuerdo sobre sus disputas en la exploración de la mar del Sur. Llegó incluso a acordar el matrimonio de su hija mayor, María, con el descubridor, y la hizo embarcar desde España. Lamentablemente los acontecimientos se precipitaron y cuando la joven novia llegó a Panamá, su padre ya había ahorcado a Balboa.

Isabel se enfrentó a quienes atacaban a su marido, hombre de carácter violento, que a lo largo de su vida fue haciéndose muchos enemigos. Estuvo con él en los diversos cargos y ciudades en donde fue destinado, entre Panamá y Nicaragua, siempre dispuesta a animar la vida social de los conquistadores y del séquito de administradores reales que acompañaba al gobernador.

Mujer infatigable y corajuda, con pocos escrúpulos hacia los nativos, fomentó la llegada de mujeres y esposas peninsulares con el ánimo de asentar la vida social y familiar en la gobernación, dando ejemplo con sus propias hijas, María, Isabel y Leonor, a las que casó con tres conquistadores. María, tras el frustrado intento con Balboa, terminaría contrayendo nupcias en 1524 con el gobernador de Nicaragua, Rodrigo Contreras,

con quien tuvo once hijos. Isabel fue la protagonista de una historia de amor contrariado que contamos en el apartado «Amores trágicos». Y Leonor se casó dos veces con dos conquistadores que la llevaron desde España a Panamá y Perú.

Quedaba así plantado un largo árbol genealógico que echaría raíces en Centroamérica, pero que desparramaría sus frondosos brazos por todo el continente. Una de esas ramas fue la de su hija Isabel Pedrarias Bobadilla. En 1537, Isabel se casó en su Segovia natal con uno de los más activos y famosos conquistadores, Hernando de Soto, quien había participado en la conquista de Panamá, Nicaragua y Perú, y andaba en España buscando gobernación propia. En abril de 1538, Soto obtuvo la gobernación de Cuba y licencia para explorar la Florida. Isabel puso su importante patrimonio –varias heredades en Segovia y cuantiosas cabezas de ganado– al servicio de su marido. En 1539 partió hacia Cuba como gobernadora consorte en una flota de diez navíos con intención colonizadora. Nada más llegar a Cuba quedó al frente de la administración de la isla, pues Soto partió el 19 de mayo de 1539 a la conquista de la Florida y el sur de los actuales Estados Unidos.

Meses después, los capitanes Diego Maldonado y Gómez Arias regresaron a la isla con la petición de Soto de que Isabel armase siete nuevos navíos para continuar la expedición por tierras norteamericanas. Un año después, al no tener noticias de su esposo, envió de nuevo a Maldonado y Arias a reunirse en el lugar convenido para un posible auxilio. Pero sólo encontraron un pequeño retén de soldados que no sabían nada de Soto ni del resto de expedicionarios.

Durante tres años estuvo Isabel enviando barcos en busca de su marido, pequeños navíos que dejaban señales y mensajes en los árboles, playas y campamentos indios. Al tiempo Isabel ejercía como gobernadora y llevaba adelante la administración de Cuba.

Finalmente, en septiembre de 1543 aparecieron frente a las costas de México un puñado de supervivientes, sin Hernando de Soto, quien había fallecido en mayo de 1542 en las orillas del río Misisipi. Isabel, viuda, determinó regresar a su tierra y vivir en la casa de la familia en Segovia.

Otro hecho que confiere cierta aura y dignifica a Isabel fue el hecho de que, cuando volvió a España, concedió la libertad a su sirvienta y esclava morisca, Isabel, quien se había casado con el pescador Alberto Díaz durante su estancia en Cuba. Cuando fue liberada, la morisca Isabel quiso regresar junto a su marido y dos hijas que la esperaban en la isla. La Casa de Contratación le puso diversos impedimentos para

embarcar hasta que Isabel de Bobadilla intercedió y escribió al mismísimo príncipe Felipe para que le concedieran licencia para marchar.

Según cuenta la tradición, convertida ya en leyenda histórica, la Giraldilla de la torre del campanario del Castillo de la Real Fuerza de La Habana se inspiró en la imagen de Isabel de Bobadilla. En aquel promontorio, donde más tarde se levantó la torre vigía del castillo, estaba la vivienda del gobernador, y en una de sus ventanas que daba al horizonte marítimo, pasaba el tiempo Isabel esperando el regreso de su esposo. Esas interminables horas oteando el mar convirtieron a la gobernadora en un personaje legendario y entrañable entre los habaneros. Así, décadas después, el escultor cubano Gerónimo Martín Pinzón quiso inmortalizar aquella fidelidad y esperanza esculpiendo la Giraldilla en su honor.

América fue lugar de mayor libertad, donde era más fácil contravenir las rígidas normas morales y encontrar otros ámbitos que estaban vedados en la Península, al menos así fue hasta mediados del siglo xvi. Esto no quita mérito a Guiomar de Alonso, quien quebró el molde tradicional de comportamiento femenino siendo activa colona, rompiendo los cauces de la estricta moral católica e interviniendo en los asuntos políticos y económicos de Cuba.

Guiomar debió de llegar a la isla hacia 1521. Acompañaba a su esposo, el contador real Pedro de Paz. El matrimonio se afincó en Santiago y pronto hizo una importante fortuna gracias al reparto de encomiendas y al descubrimiento de varias minas en sus tierras. En 1540, mientras Guiomar estaba en Sevilla, murió su marido, y ella nombró al obispo Domingo Sarmiento administrador de sus importantes bienes. Poco después regresó a Cuba y su influencia empezó a ser notoria en la vida política de Santiago e incluso de toda la isla.

Poseía una hermosa villa en la ciudad que era referencia de la vida social santiaguera. Por ella pasaban altos administradores reales y cualquier persona principal que recalase en Cuba. Como fue el caso del almirante Luis Colón. La viuda tenía cuatro hijos y una inmensa fortuna, que conservaba tan bien o mejor que la belleza de los veinte años. Por tanto, cualquier visita o estancia en la casa de Guiomar desataba los rumores y dejaba un reguero de insinuaciones o comentarios malévolos sobre las atenciones recíprocas entre anfitriona y huéspedes.

Así, cuando en febrero de 1544 arribó a la isla el joven gobernador, licenciado Juanes de Ávila, no dudó un momento en hospedarse en la

famosa casa de Guiomar. Lo que parecía una estancia transitoria en el mejor palacio de la isla se convirtió en el permanente origen de muchos de los rumores políticos y sociales de Cuba. El gobernador fue claramente seducido por la madura viuda y prevaricó en incontables ocasiones para favorecer siempre los negocios de su anfitriona. La influencia de Guiomar fue tal que hubo varias denuncias en Sevilla y el escándalo se tornó en una cuestión de moralidad, en la que tuvo que intervenir el mismo obispo Sarmiento, quien denunció aquella convivencia perniciosa y nada ejemplarizante ni para los cuatro hijos de la viuda ni para la sociedad cubana. Presionados y hartos de comentarios inquisitoriales, la pareja se casó en diciembre de 1545.

Hábil en los negocios y en las relaciones, Guiomar gobernó la isla a su antojo, manejando a su marido, controlando parte del comercio de Santiago y acrecentando sus encomiendas y concesiones de minas de forma fraudulenta. Al finalizar el mandato de Juanes de Ávila como gobernador sufrió un duro juicio de residencia, que ella misma se ocupó de amañar para que se anulasen las penas impuestas. Su influencia también alcanzó a la organización eclesial: logró que el obispo Sarmiento, que tanto la atacó por su inmoralidad manifiesta, renunciase a su cargo y regresara a España. Aunque su marido ya no fuese gobernador, hasta su muerte Guiomar siguió controlando los resortes del poder social y económico de Santiago.

Entre las grandes matronas pioneras que jugaron un papel intenso en los entresijos políticos y financieros de las primeras expediciones, al tiempo que vivían una apasionante y compleja aventura vital, destaca sobremanera doña Mencía Calderón de Sanabria, nacida en Medellín (Badajoz) en el seno de una linajuda familia extremeña y que algunas novelas y una floja serie de televisión han recuperado para el gran público. Casada con Juan de Sanabria, nombrado adelantado del Río de la Plata en 1547, comprometió casi todo el patrimonio familiar para financiar la gran armada colonizadora con la que su marido pretendía poblar su gobernación. Lamentablemente, en 1549, mientras se ultimaban los preparativos para el embarque, Juan de Sanabria enfermó y murió. Mujer resuelta y emprendedora no estaba dispuesta a renunciar a nada, así que dejó a su hijastro Diego, de apenas dieciocho, que abasteciese los tres barcos y logró solventar los problemas jurídicos de la herencia y de los derechos de su hijastro como gobernador con el Consejo de Indias. Finalmente, ella hizo zarpar los tres navíos que estaban ya aparejados rumbo al estuario del Río de la Plata. Acordaron que Diego saldría diez meses más tarde y se encontrarían en Asunción.

Junto a doña Mencía viajaban sus tres hijas y unas ochenta mujeres, la mayoría «doncellas para poblar», ya que la Corona estaba preocupada por el alto número de mestizos que nacían en la gobernación sureña y la presencia rampante de colonos portugueses. Por tanto, la misión de estas mujeres estaba dentro del plan otorgado tradicionalmente: ser madres de la futura élite castellana que gobernaría aquellas tierras; mitigar el libertinaje que generaba una profusión de mestizos muy superior a los criollos de pura sangre; mantener en lo doméstico las tradiciones y el acervo cultural y religioso de la Península. Sin embargo, las circunstancias mostraron el coraje y el temple con el que se comportaron, que iba mucho más allá del predeterminado rol femenino.

Al poco de abandonar las Canarias, una tormenta desvió el rumbo de la nao de Calderón y terminaron refugiándose frente a las costas de Guinea. Allí fueron asaltados por piratas, con los que pactaron que se llevasen todo lo de valor que llevaban a cambio de no deshonrar a las mujeres y salvar la vida. Durante meses estuvieron varados en una playa guineana mientras reparaban la nave. La valentía y el liderazgo de doña Mencía fue clave para que las mujeres ayudasen a enlatar alimentos, reparar velas y cabos y animar a sus compañeros. A pesar de una epidemia de peste, que acabó con una de las hijas de Mencía, y del hambre pudieron hacerse a la mar y alcanzar la isla de Santa Catarina, al sur de Brasil.

Atacados por los indios, debieron pedir auxilio a los portugueses que les retuvieron durante casi dos años. En ese tiempo algunas de las mujeres prefirieron casarse con soldados lusos y terminar su odisea en Brasil, frente al criterio de doña Mencía y del capitán Hernando de Trejo, a la postre su yerno, que a toda costa pretendían llegar a su gobernación.

Tras un fallido intento de fundar una ciudad al sur de Brasil, arrasada por los tupies, los expedicionarios españoles iniciaron una tortuosa marcha por el interior selvático. Debieron recorrer más de millar y medio de kilómetros hasta llegar a Asunción en noviembre de 1555, donde se les recibió con júbilo y cierta suspicacia, pues la Corona, dando por perdida su expedición (su hijo Diego también había naufragado), había nombrado gobernador a Martínez de Irala. De las ochenta mujeres que partieron de España sólo la mitad llegó a su destino final.

Doña Mencía no se arredró y enfrentó su vida no ya como gobernadora sino como matriarca colonizadora de aquella región. Ejerció de matrona española y buscó partido para sus hijas. María de Sanabria se casó con Hernando de Trejo capitán que las acompañó en su odisea, uno de cuyos hijos fue el primer obispo criollo de Tucumán, Hernando de Trejo y Sanabria. Cuando enviudó, María volvió a desposarse con Martín Suárez de Toledo, quien fungiría como gobernador de Paraguay

y el Río de la Plata, y con quien tuvo ocho hijos, uno de ellos el también conquistador y gobernador Hernando Arias de Saavedra. Su otra hija, Isabel, se casó con el contador real Juan de Salazar y Espinosa, y fueron padres de la futura esposa de Juan de Garay, fundador de Buenos Aires.

Y por último, por ser relativamente conocida, pues ha inspirado obras de diversa índole, apuntaremos únicamente una breve biografía de doña Isabel de Barreto, apodada la Reina de Saba, la primera y única mujer que llegó a ser almiranta de la flota del Pacífico Sur, gobernadora y capitana general. Nacida en algún lugar de Galicia, viajó a Perú siendo una niña. En 1557 era la dama de honor preferida de doña Teresa de Castro, esposa del virrey Andrés Hurtado de Mendoza. La belleza de Isabel y su ilimitada ambición embaucaron a Álvaro de Mendaña de Neira, uno de los más ilustres solteros de Perú.

Álvaro de Mendaña había descubierto el archipiélago de Guadalcanal y las islas Salomón y poseía los títulos de almirante de la flota del Pacífico Sur, adelantado, gobernador y capitán general de las islas Salomón, además de la autoridad para traspasar dichos títulos a sus herederos. Por ello, cuando Isabel Barreto se casó con Álvaro en Lima, en mayo de 1586, todo el mundo hacía apuestas sobre quién realmente ejercería de gobernador en las islas. Sin embargo, la burocracia no hizo fácil organizar una nueva expedición para posesionarse de las islas. Finalmente, en julio de 1595, trescientas cincuenta personas al mando del almirante Álvaro de Mendaña partían hacia el Pacífico Sur. Durante cuatro meses los barcos buscaron infructuosamente Guadalcanal. Mientras los víveres y el agua escaseaban, Isabel paseaba por la cubierta de la nao capitana exhibiendo su rico ropero y su mal genio. Sin encontrar nunca el archipiélago de las Salomón, los barcos fueron quedándose sin marineros por las enfermedades, el hambre y las ejecuciones de los amotinados.

En noviembre de 1595, en alguna isla del Pacífico moría el almirante Mendaña e Isabel de Barreto asumía todos los títulos y poderes de su esposo. Tras seis meses de vagar por el océano, los restos de la expedición, dirigida por el piloto Fernández de Quiroz, llegaron a Manila. Mas la ambición de la almiranta no podía aceptar el fracaso. Así, en noviembre de 1596, sin haber cumplido un año de luto, Isabel contrajo matrimonio con Fernando de Castro, prestigioso, rico y bien relacionado comandante de la ruta marítima Acapulco-Manila. Era el hombre perfecto para ayudarla a conseguir su gobernación en las islas Salomón. Los nuevos esposos viajaron a Lima para proveer todo lo necesario para una nueva expedición. Sin embargo, en Perú la maquinaria burocrática

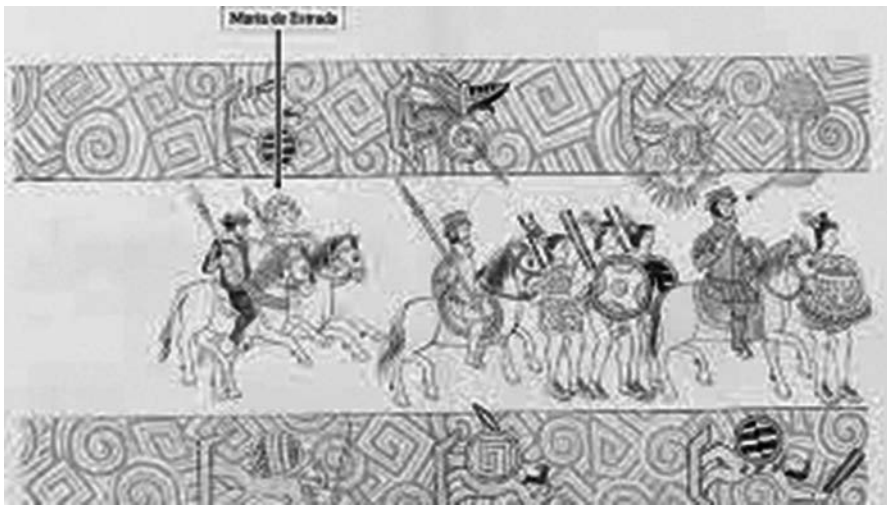
trituró los sueños de Isabel. Dispuesta a no rendirse, en 1609, la almiranta viajó a España para exigir sus derechos ante el mismísimo rey Felipe III. Desesperada por no lograr su propósito, murió poco después en su Galicia natal.

MUJERES EN LA CONQUISTA DE MÉXICO

En la conquista de México participaron un puñado de mujeres que desempeñaron un destacado pero oculto papel como soldados. Eran auténticas mujeres de *armas tomar*. Fueron, por lo general, acompañando a sus maridos, pues se resistían a abandonarlos, dejarlos solos en la guerra, mientras ellas esperaban en Cuba o Puerto Rico. De este grupo de mujeres nos han llegado noticias sólo de aquellas que fueron citadas en los relatos de los cronistas por participar en algún hecho destacado o ser protagonistas de alguna acción llamativa que no correspondía al usual rol femenino. Hubo otras (enfermeras, criadas, amantes, compañeras) que permanecieron al lado de sus familiares y de las que no hay constancia escrita, pero que estuvieron ahí.

María Estrada de Farfán es citada por Bernal Díaz del Castillo como la primera mujer en la expedición conquistadora de Cortés, si bien su biografía ya era atractiva desde mucho antes. María nació en Sevilla a finales del siglo xv, pero si atendemos al testimonio de Bernal, estaba en el Caribe antes de 1509, pues ella era una de las dos mujeres que iban en el navío que por despiste o por tormentas fue a parar al abrigo de la ensenada que forman la desembocadura de los ríos Yumurí, San Juan y Caminar. Allí fueron asaltados por los indios taínos. María fue una de los cinco supervivientes de la masacre que perpetraron los indios (en honor de los españoles muertos, posteriormente se llamó a aquel lugar Matanzas). El cronista escribe que la belleza de María y su condición de mujer le facilitaron el indulto del cacique taíno. Durante varios años vivió como prisionera hasta que pudo ser liberada cuando los españoles conquistaron la isla. Poco después se casó con Pedro Sánchez Farfán, avecindándose en el pueblo de Trinidad. Cuando en 1518 su marido se alistó en el ejército de Cortés para ir a México, ella quiso acompañarlo, pero no se le permitió. Sin embargo, embarcó con las tropas de Pánfilo de Narváez en abril de 1520.

Los cronistas Díaz del Castillo y Muñoz Camargo cuentan que batalló contra los aztecas como los hombres. La describen como mujer valiente y luchadora, buena en el manejo de la espada, la rodela y la



María Estrada debe ser considerada como una mujer pionera, por su papel de activa guerrera durante la campaña de conquista y, posteriormente, por ejercer de encomendera y llevar ella directamente los asuntos de sus tierras e indios. La imagen es un fragmento del Lienzo de Tlaxcala, códice colonial del siglo XVI que se ha perdido, y en ella aparece María de Estrada a caballo junto al capitán Pedro de Alvarado.

lanza, lo mismo a pie que a caballo. Estuvo en la retirada de la Noche Triste y en la batalla de Otumba, donde protagonizó algún épico episodio arremetiendo a caballo y lanza en ristre contra los batallones nativos (Camargo). Por estas acciones tan valerosas se le permitió ir a caballo montada a horcajadas, derecho dado a muy pocas mujeres. Tras la conquista vivió en Toluca, donde tenía una gran encomienda. En 1543 murió su esposo y se volvió a casar con Alonso Martín, otro conquistador.

El cronista Cervantes de Salazar relata el heroísmo de Beatriz Bermúdez de Velasco, conocida como la Bermuda, una noble que llegó a México con las tropas de Narváez. Durante el asedio definitivo a Tenochtitlan ella se hallaba en un campamento de retaguardia a las afueras de la ciudad, cuando un contraataque mexica obligó a retirarse a algunos batallones hispanos. Al ver que los españoles huían de la ciudad perseguidos por los soldado aztecas, no dudó en ponerse una celada en la cabeza, vestir un escaupil indio y con espada y rodela salir a combatir junto a sus compañeros, al tiempo que les arengaba e insultaba cuando retrocedían. Dice Salazar que la fiereza y los insultos de aquella mujer avergonzaron a los españoles, quienes se revolvieron y atacaron con más ímpetu a sus enemigos.

Otra pionera en la conquista de México fue Isabel Rodríguez, quien se embarcó hacia La Española con el séquito del virrey Diego Colón en 1509. Luego pasó a Cuba, desde donde se unió a las tropas de Pánfilo de Narváez que desembarcaron en México y luego se integraron en la hueste cortesiana. Ejerció habitualmente como enfermera y desempeñó otras tareas de apoyo, aunque no dudó en tomar las armas en diversas ocasiones y ser miembro de los cuerpos de guardia. Tras la batalla de Otumba, ella y otras mujeres improvisaron una enfermería de campaña. Estuvo en Tenochtitlan cuando entraron victoriosos los españoles en 1521. Se casó dos veces con sendos conquistadores españoles.

Entre el grupo de mujeres que ejercieron ocasionalmente la función de enfermeras estuvo Beatriz Muñoz, quien, décadas después de la conquista, escribió al virrey Mendoza solicitando una ayuda por sus servicios prestados como enfermera a todos los heridos en la construcción y el traslado de los bergantines con los que se conquistó Tenochtitlan. Es fácil imaginar los numerosos lesionados que provocarían la corta de madera, su ensamblaje y clavazón con toscas herramientas, así como el complejo traslado del armazón y aparejo de los navíos desde los astilleros de Tlaxcala hasta Texcoco. También ejercía como comadrona, asistiendo en el parto a las mujeres que acompañaban a la hueste de Cortés.

Elvira Hermosilla fue otra española que llegó a México junto a su marido, el toledano Juan Díez del Real, enrolado en la hueste de Pánfilo de Narváez en 1520. Participó en la conquista contra los mexicas y a la postre sería una de las muchas mujeres que compartieron lecho con Hernán Cortés. Sabemos que hacia 1524 mantenía relaciones con el conquistador, siendo los dos viudos. En 1525 nació Luis Cortés, quien sería legitimado por bula papal de Clemente VII. La madre y amante de Hernán se volvió a casar dos años después con Lope de Acuña, matrimonio arreglado por el propio Hernán Cortés, tras entregarle a Elvira una pobre encomienda como dote. Por una carta de su marido solicitando ayuda al virrey, conocemos que el matrimonio vivía fuera de la Ciudad de México y estaban endeudados. Luis Cortés fue siempre uno de los hijos más apreciados de Hernán, lo acompañó a España en 1539 y estuvo junto a él hasta su muerte.

Activo papel jugó en la conquista del Imperio azteca la mulata Beatriz de Palacios, quien llegó a México siguiendo a su esposo Pedro Escobar. El cronista Herrera y Tordesillas alaba su valor y determinación cuando las tropas españolas fueron expulsadas de Tenochtitlan. Beatriz peleó como el mejor soldado, hizo guardias, incluso las que le tocaban

a su marido, ejerció como enfermera y buscaba comida y la preparaba para su marido y sus compañeros.

Francisca de Ordaz, hermana del conquistador Diego de Ordaz y natural de la castellana Tierra de Campos. Residente en Cuba, se unió a las tropas de Hernán Cortés que se dirigían a México. Según relata Cervantes de Salazar, increpó a los soldados derrotados de la expedición de Pánfilo de Narváez llamándolos «¡Bellacos, dominicos, cobardes, apocados…, hemos de dar nuestros cuerpos delante de vosotros a los criados destos que os han vencido, y mal hayan las mujeres que vinieron con tales hombres!».

Poco después, Francisca se unió a Juan González-Ponce de León, soldado que fue herido durante la toma definitiva de Tenochtitlan. Algunos documentos citan al matrimonio como el primer enlace cristiano de la Nueva España. Francisca destacó en varias acciones de guerra como enfermera que no dudaba en agarrar espada y rodela y combatir a los nativos cuando la situación lo requería. Tras la caída del Imperio azteca, su marido y ella recibieron una encomienda en Tecama, donde murió Francisca en 1542.

Son estos unos breves ejemplos que demuestran tanto la presencia como el valor y la determinación con la que actuaron las mujeres en los primeros momentos de la conquista, ejerciendo como esposas, soldados, enfermeras o desempeñando labores de infraestructura y retaguardia más acordes al rol asignado en su época. Tenemos los nombres de María, Isabel, Beatriz, Catalina, Francisca, pero hubo otras muchas ignoradas, anónimas que también estuvieron allí, que tomaron la iniciativa, protagonizaron actos de heroísmo, puntuales o cotidianos, y que la historia las ignoró o quedaron sepultadas por la magnitud de los acontecimientos y la gloria de los principales protagonistas.

Singular es el periplo biográfico de Catalina Hernández o Catalina de Sotomayor, sevillana que residía en Cuba, casada con Juan Cáceres Delgado. Cercana al entorno de Cortés, su hija Mariana era amante del conquistador y su marido se alistó en la expedición de 1519. Pasó a México con las tropas de Pánfilo de Narváez en busca de su esposo. Apoyó a los conquistadores e incluso llegó a pelear en alguna batalla contra los indios. Su marido Juan falleció en una acción contra los aztecas.

Catalina, que era mujer hermosa y con arrestos, en 1522 pidió a Cortés una encomienda para ella por haber peleado como un soldado más, y el conquistador intentó seducirla, a pesar de que por aquella época todavía seguía acostándose con su hija, y le negó cualquier premio.

Sabemos que se volvió a casar con Pedro Menéndez de Sotomayor y volvió a enviudar. En 1545 aparece en un listado de mujeres que solicitan ayuda al virrey para sobrevivir, en su caso se lee:

> […] que es vecina de Michoacán, y que es una de las tres primeras mujeres que vinieron a esta Nueva España [*sic*], porque pasó a ella con Pánfilo de Narváez, donde se casó con Juan de Cáceres Delgado, uno de los primeros conquistadores de ella que pasaron con el marqués [Hernán Cortés]; el cual, fallecido, se tornó a casar con Pedro Méndez de Sotomayor, del cual, asimismo, al presente está viuda, y tienen una hija legítima y padece necesidad.

Esta situación en la que acabó Catalina se repitió en muchos más casos de los que creemos, como veremos más adelante.

En el otoño de 1541, durante la revuelta de los chichimecas en la región de Jalisco y Zacatecas, los nativos caxcanes pusieron sitio a la ciudad de Guadalajara. Durante dos semanas los españoles resistieron heroicamente. Entre las acciones destacadas, el jesuita Mariano Cuevas relata cómo Beatriz Hernández, llegada a Nueva España en 1521, se armó con coracina y lanza para capitanear a las mujeres de la ciudad que se habían refugiado en la iglesia. Las sacó de allí, las envalentonó con discursos y palabras de ánimo, las trasladó a un lugar más seguro y organizó guardias junto a los soldados para protegerlas. Cinco años después escribió al virrey diciendo que padecía necesidad, que su marido estaba ausente y solicitando una encomienda para sacar adelante a sus seis hijos.

MUJERES EN LA CONQUISTA DE PERÚ

También durante las convulsas primeras décadas del dominio español en los territorios del antiguo Imperio inca hubo mujeres destacadas que realizaron actos heroicos y asumieron roles muy distintos a los que solía asignarles la sociedad de la época. Quizá una de las mujeres más notables y valerosas de aquellos años fue Inés Muñoz, esposa de Martín de Alcántara, hermano uterino de Francisco Pizarro. Abandonó Trujillo (Cáceres) en 1529, cuando su marido se unió a la hueste pizarrista con destino a Perú. Tras dos años viviendo en Panamá, Inés fue una de las primeras mujeres españolas que en 1532 entró en el reino incaico. Establecida en Lima desde la fundación de la ciudad (1535), se convirtió en una de las mujeres más respetadas del Perú y en la educadora de los hijos mestizos de Pizarro.

Su fama y admiración se acrecentaron cuando el 26 de junio de 1541 su marido Martín y su cuñado Francisco fueron muertos y ella se enfrentó al grupo de asesinos para impedir que los cadáveres fuesen profanados y descuartizados por la ciudad. Fue Inés quien encabezó el reducido cortejo fúnebre del marqués y de su marido por las calles de una Lima revuelta y controlada por sus enemigos. Asimismo, protegió la vida de sus sobrinos y los tomó bajo su custodia hasta que pudo enviarlos a España. Fue de las pocas voces que esos días se levantaron en la ciudad contra los almagristas y exigió justicia por los asesinatos.

Pasados unos años, Inés se casó con un rico caballero limeño, Antonio de Rivera. Se unían así dos considerables fortunas, pues ella había heredado importantes encomiendas. Riqueza que doña Inés repartió pródigamente, ya que la generosidad de esta mujer llegó a ser legendaria en el Perú del siglo xvi. Su tiempo y su fortuna estuvieron la mayor parte dedicados a las obras de beneficencia de la Iglesia, en especial a educar a niños huérfanos y mestizos. Incluso llegó a comprometer todas sus haciendas en la fundación y el mantenimiento de la escuela-convento de la Encarnación.

También quedará en la historia colonial por su interés en introducir en el virreinato árboles y especies vegetales peninsulares. A ella se debe que su marido Antonio trajese los primeros olivos al Perú, alguno de cuyos esquejes se multiplicaron con facilidad en varias zonas del país y en Chile.

El 18 de septiembre de 1544, el virrey Núñez de Vela fue encarcelado por orden de la Audiencia de Lima, y se nombró a Gonzalo Pizarro nuevo gobernador de Perú. Se iniciaba así una rebelión y una guerra civil que tuvo ensangrentado al virreinato durante tres años. Durante este tiempo hubo un grupo de mujeres que de forma valiente se enfrentaron a los rebeldes y lucharon por la restitución del poder real y el acatamiento de las leyes. Entre ellas sobresale Inés Bravo de Laguna, criolla nacida en Santo Domingo en 1511, cuya madre era una de las damas de honor de doña María de Toledo, esposa de Diego Colón. Tras la muerte de su madre se trasladó a Lima, donde se casó con un noble español. Fue una de las primeras voces en apoyar la aplicación de las Leyes Nuevas y defender a la Corona contra los pizarristas.

Cuando en esos tiempos, y menos en situaciones bélicas, la mujer no debía inmiscuirse en asuntos políticos, ella se enfrentó directamente a Gonzalo, evitando que el rebelde saqueara su palacio. Además reunió a un grupo de parientes y amigos para conseguir dinero, armas y soldados en apoyo de las tropas virreinales. Por su acción valerosa y su incondicional apoyo, al finalizar la contienda, en 1548, la Corona la recompensó con rentas y tierras.

Algo parecido hizo María Calderón, española avecindada en Arequipa, esposa de capitán Jerónimo de Villegas. Junto a un grupo de mujeres arequipeñas manifestó públicamente su lealtad a la Corona y atacó a Gonzalo Pizarro y a sus seguidores. Ella y su grupo ayudó a recaudar dinero y a organizar la resistencia contra las tropas rebeldes de Francisco Carbajal, el denominado Demonio de los Andes y maese de campo de Pizarro. Detenida junto a otros realistas, fue trasladada a Cuzco. Se le perdonó la vida por el hecho de ser mujer, pero ella no cejó a la hora de recriminar públicamente a los rebeldes su condición y especialmente las atrocidades de Carbajal. Cuando un día este le pidió que se callara, María le contestó «Vete con el diablo, loco borracho». Su osadía la pagó con la muerte. Fue colgada de una ventana de la cárcel de Cuzco, delante de su hijo de apenas dos años, para que sirviese de escarmiento y amenaza a los demás opositores.

Otra de estas mujeres que se opuso a las crueldades de Francisco Carbajal estaba dentro de su propia casa, Juana de Leyton. Nacida hacia 1511 en una familia humilde portuguesa, se embarcó siendo una niña hacia Perú como sirvienta de la casa de Catalina Leyton, primero amante y después esposa de Francisco. Juana fue adoptada como hija por Catalina, y como tal la trataron siempre en el hogar de los Carbajal. Cuando tuvo edad, se casó y abandonó la vivienda de sus padres. Al estallar la sublevación de Gonzalo Pizarro, se declaró partidaria de la Corona y se enfrentó directamente a los pizarristas. Su casa fue un lugar de reunión de opositores. Salvó a numerosas personas, aprovechando el cariño que su padre adoptivo sentía por ella. Incluso llegó a impedir la entrada de Carvajal o de sus tropas en su hogar cuando era manifiesto que escondía a notorios realistas en sus aposentos.

Durante la conquista de Chile destacaron algunas mujeres, entre ellas la amante de Valdivia, Inés Suárez, primera mujer europea que pisó suelo chileno. Su vida y acciones están muy bien documentadas en la obra Crónica del Reino de Chile, del soldado gallego Pedro Mariño de Lobera. No haremos más hincapié en ella pues la novela *Inés del alma mía* (2006), de la chilena Isabel Allende, fue un superventas que dio a conocer al gran público dicho personaje.

Mucho más desconocida es la extremeña Mencía de Nidos, aunque quedase inmortalizada por Alonso de Ercilla en *La Araucana*. Mencía nació en Cáceres hacia 1516, su padre era Francisco de los Nidos, uno de los nobles con más hidalguía de la región, pues sus antepasados castellanos

ayudaron al rey Alfonso IX a expulsar a los árabes de Extremadura. Mencía llegó a Perú antes de 1544 acompañando a su hermano Gonzalo, quien estuvo al lado de Gonzalo Pizarro en su enfrentamiento contra la Corona. Cuando Pedro de la Gasca derrotó a los rebeldes, Gonzalo de los Nidos fue ajusticiado y el resto de la familia debió escapar de Perú temiendo la venganza o el deshonor. En 1550 Mencía está avecindada en Concepción, y cuatro años más tarde protagoniza el hecho por el que pasó a la historia. Cuando el gobernador Francisco Villagrán llegó a Concepción huyendo de los batallones mapuches que le habían infringido una dolorosa derrota, la señora Nidos estaba enferma en la cama, pero al sentir el alboroto se levantó. Cuando vio que los escasos soldados españoles estaban en retirada y obligaban a desalojar la ciudad, Mencía agarró una vieja espada y una rodela y acudió a la plaza mayor. Desde allí exhortó a los españoles a pelear, gritándoles que no huyeran y abandonaran ciudad y honor. Afortunadamente Villagrán y sus vecinos no la escucharon, pues Concepción fue arrasada por los mapuches y ella misma debió acompañarlos en la retirada. Gracias a ello tuvo una larga vida, que le permitió tener dos maridos, el segundo de ellos diez años más joven que ella, y morir a los 83 años, el 6 de enero de 1603, en Santiago de Chile.

Aunque la mayoría de los casos de denuncias o causas abiertas para la nulidad de los matrimonios recogidas en los archivos arzobispales de los virreinatos hacen alusión al maltrato y abandono de los maridos, Eloísa Gómez-Lucena, en su libro *Españolas en el Nuevo Mundo*, da cuenta del singular caso de Feliciana Barreto de Castro, denunciada por su marido Francisco de Velasco, a quien humillaba en público, maltrataba físicamente y le tenía controlada la hacienda y el dinero. En el juicio, el pobre esposo contó que Feliciana, junto al amante de esta, le dieron una paliza que lo llevó al hospital. Pareciole poco castigo a tan violenta mujer que, al poco de salir del hospital, el marido volvió a ser atacado por la esposa y el amante, dejándolo herido de una estocada y a merced de los perros. El caso era tan conocido en Lima que los jueces del tribunal eclesiástico tardaron poco en concederle la nulidad y acusaran a Feliciana de bígama y maltratadora.

Por último, y aunque no estuvo en Perú, no quisiera olvidarme de Francisca de Inestrosa, una de las pocas mujeres que acompañaron a sus maridos durante la expedición comandada por Hernando de Soto a la Florida (1539). La desventurada Francisca encontró la muerte luchando contra los indios, igual que los hombres, pero estando embarazada de varios meses.